

El profeta y la pandemia. De Oriente Medio al yihadismo de atmósfera, de Gilles Kepel

Elba Liliana Mendizábal Hernández*

Los estudios regionales sobre Oriente Medio y las sociedades islámicas tradicionalmente han marcado como punto de partida la identificación de los grupos chiita y sunita como ramas religiosas distintas del islam y la confrontación de los valores entre Oriente y Occidente para definir una realidad histórica y geográfica específica. No obstante, es bien sabido que estos son sólo grandes referentes metodológicos, pues en la praxis social existen relaciones complejas cuyas expresiones dan paso a un mundo diverso, dinámico y cambiante. Es así como Gilles Kepel, experto en estudios del mundo islámico contemporáneo y profesor de la Universidad de París, nos muestra en este libro que ante una realidad tan compleja es necesario trazar grandes líneas interpretativas. No obstante, también nos ofrece, bajo un estilo muy propio, una narrativa casi cronológica con la que aborda el devenir de algunos Estados del Mediterráneo, Oriente Medio y norte de África en los últimos años y el proceder de las potencias mundiales.

El análisis que emprende nuestro autor arranca en el año 2020, al que suma de manera austera y casi tangencial la pandemia del COVID-19. La perspectiva dominante de este texto es geopolítica, y de ello dan cuenta los numerosos mapas que, sobre nuevas alianzas, la expansión turca en el Mediterráneo, la proyección militar y de hidrocarburos de Rusia en el Levante, Siria, Libia o Israel, entre otros, ha elaborado el geógrafo francés Fabrice Balanche y que aparecen en el corazón de este estudio. Sin duda, se trata de un análisis que considera como elemento fundamental el poder y sus equilibrios territoriales, las alianzas y contra alianzas regionales, así como los intereses que mueven a cada Estado a tomar parte o no de los conflictos locales.

Entre los argumentos principales de Kepel se señala que el orden geopolítico de Oriente Medio nacido de la Primera Guerra Mundial que evolucionó después de 1945 en beneficio de Europa y Estados Unidos agonizó durante años hasta que la caída de los precios del petróleo y la pandemia de COVID-19 le asestaron dos golpes mortales.

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con especialidad en Relaciones Internacionales por la UNAM. Master en Logística y Comercio Internacional por la Universidad de Barcelona. Profesora de la FCPYS-UNAM. Correo electrónico: elmendizabal@politicas.unam.mx

La reunión de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de marzo de 2020, en el momento en que avanzaba la pandemia de COVID-19 en todo el mundo, abrió paso al derrumbe de los precios del petróleo. Rusia y Arabia Saudí aumentaron su producción causando la caída de 50 por ciento del precio del barril que, sumado a las medidas anti pandémicas de paralización del comercio mundial, el transporte y la industria, provocaron una espiral bajista que resultó en un desastre económico y financiero. En especial lo sufrirían los países de Oriente Medio y Norte de África, que obtenían la mayor parte de sus rentas de los hidrocarburos; entonces el Mediterráneo y sus alrededores se convirtieron en la región más explosiva del planeta y un nuevo orden geopolítico se mostró con claridad.

Este libro se compone de tres capítulos, pero arranca con un exordio en que Kepel señala que la intervención de Estados Unidos en Afganistán, en 2001, y en Irak en 2003, tuvo resultados mediocres en la implantación de los valores de la democracia occidental. En su lugar, nos dice, la tradición islámica —incluyendo a sus facciones radicales— y la práctica autoritaria de los gobiernos de la región marcaron el devenir de sus pueblos. En consecuencia, la “primavera árabe” de 2011 y sus aspiraciones democráticas chocaron de frente contra esos elementos históricos que las diferentes resistencias locales mantuvieron en estado latente.

El elemento desestabilizador más relevante, señala Kepel, fue la desvinculación de Estados Unidos de la región que inició durante la presidencia de Barak Obama y continuó durante el mandato de Donald Trump. La retirada de sus tropas en Afganistán, Irak y Siria dejó tras de sí el caos. Este desinterés creó un vacío de poder que la Unión Europea (UE), carente de una política de defensa común, no pudo llenar y que la hizo vulnerable ante la manipulación y el chantaje de los gobiernos que expulsan y modulan los flujos de migrantes.

En esta coyuntura se presenta un reacomodo singular de las relaciones de poder regional, cuya manifestación más evidente fue la alianza entre Irán, Turquía y Rusia, reunidos en el llamado “Proceso de Astaná”, de 2017. Lo que empezó como una iniciativa para gestionar la desescalada de la guerra civil en Siria, excluyendo deliberadamente a los occidentales, dio lugar a un modelo operativo de movimiento de tropas auxiliares mercenarias por parte de Rusia y Turquía, tanto en Siria como en Libia, con el que estos aliados apuntalaron su presencia territorial. Irán juega un discreto papel: si bien su presencia en el sur de Siria permitió el lanzamiento de misiles contra Israel, en 2020 atravesó por un periodo problemático en que las sanciones económicas de Occidente han hundido su economía y debilitado el control interno que mantenía sobre los grupos anteriormente fieles al régimen de la revolución.

En este escenario Turquía se ha erigido como una fuerza regional atípica con respaldo tanto en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), de la

que forma parte, como de Rusia, con la que mantiene una relación militar estratégica. En un breve periodo ha logrado fortalecer su presencia en Libia, donde mantiene una zona económica exclusiva que le asegura el acceso a la exploración de fondos marinos en busca de gas, además de que controla las dos rutas principales de migración ilegal desde Asia y África hacia Europa por el mar Egeo y los Balcanes, así como por el litoral libio. Turquía, además, se ha vuelto un vecino incómodo tanto para Europa como para Oriente Medio: por un lado, porque ha realizado incursiones militares en aguas territoriales griegas y chipriotas que atentan contra la armonía europea, y por otra, porque en su afán de imponer la hegemonía turca sobre el islam suní, confronta de manera directa la laicidad del Estado turco moderno y el dominio religioso saudí.

Por su parte, Vladimir Putin ha utilizado el conflicto sirio para reconquistar la posición de Rusia como potencia mundial, desplegando una estrategia contraria a la de Estados Unidos y la UE. Además, en Oriente Medio ha buscado mantener una relación cordial con Israel, cuya diáspora cuenta con un peso importante en el Estado hebreo, que no votó en la Organización de las Naciones Unidas las sanciones económicas en su contra tras la anexión de Crimea, además de que mantiene relaciones de complementariedad con Catar, miembro importante de la OPEP, organización fundamental para el despliegue de su estrategia petrolera mundial antiestadounidense.

Los tres capítulos que componen este texto abordan los temas de la fractura del Golfo Pérsico, el Oriente Próximo y África del Norte. A través de estos apartados, Gilles Kepel nos describe con bastante precisión el nacimiento de otra alianza capaz de recomponer geopolíticamente el Oriente Medio y confrontar el Pacto de Astaná, no sin advertirnos sobre las contradicciones regionales emergentes, el peso de los conflictos civiles activos, el eco que la nueva alianza produjo en el norte de África, así como el impacto que estos cambios causaron en los flujos migratorios hacia Europa.

El autor nos demuestra que en el juego de pesos y contrapesos geopolítico es necesario que otra potencia o grupo de potencias hagan de fiel de la balanza, y es ahí donde surge el Acuerdo de Abraham de 2020, que da origen a la alianza estratégica liderada por Estados Unidos en Oriente Medio, Norte de África y el Mediterráneo, y que hace realidad la causa casi imposible del pacto entre judíos, cristianos y musulmanes, pues concentra en su seno a los Emiratos Árabes, Marruecos, Sudán, Egipto, Arabia Saudí e Israel.

De acuerdo con Kepel, este pacto trasciende no sólo por la inclusión de Abu Dabi y sus aliados del bloque saudí —que incluye a El Cairo en paz con Israel—, sino que además coloca a Jerusalén indirectamente como bastión cristiano frente al islamismo turco del presidente Erdogan, que tiene como símbolo central la

reasignación al culto del islam, en 2020, de la Mezquita de Santa Sofía, otrora museo histórico, y del Museo de Estambul de San Salvador de Cora.

Entre las piezas clave de este tablero sobresale Estados Unidos que, de vuelta al ruedo geopolítico, en 2021, es observado como un actor que aprovecha su poder político y militar para reestructurar el equilibrio de poder en la zona. La normalización de las relaciones diplomáticas entre sus aliados e Israel no sólo marca un hito en la historia del Oriente Medio y el Mediterráneo, sino que en definitiva busca influir en la evolución de los conflictos sirio, libio y yemení. Entre sus objetivos inmediatos busca posicionar a Irak en la estela del Acuerdo de Abraham para liberarlo de la influencia de Irán y allanar el terreno a nuevas inversiones de sus socios regionales y de la UE para su reconstrucción; además de atraer a Jordania al mismo, se consolidaría el vínculo geográfico de la alianza. Entonces, la principal cuestión del Levante será el destino de Siria y Líbano.

Idealmente, Israel se convertirá en la bisagra de una entente contra el eje de Astaná y en la coyuntura económica puede tornarse en un factor para el dinamismo regional. Por ejemplo, resultado de la alianza Emiratos Árabes Unidos e Israel se puso en marcha en agosto de 2020 el primer enlace entre los aeropuertos Ben Gurión y el de Abu Dabi —que reactivará las cadenas de suministro rotas por la pandemia de COVID-19—, y se prevé la contratación por parte de Dubai y Abu Dabi de las empresas tecnológicas israelíes con miras a desplazar al exótico socio chino.

Desde una perspectiva más general los conflictos que se tratan en este texto forman parte de una dinámica de lucha por el poder hegemónico entre las potencias mundiales. Por eso es indispensable considerar, además de Estados Unidos y Rusia, a la UE y China. En todos los casos se sabe que cada una busca cumplir con sus propias agendas. En Estados Unidos este acuerdo llega en el ocaso del mandato de Trump, bajo la incertidumbre del cambio presidencial, que dejará tras de sí, además de la alianza de Abraham, el reconocimiento de Jerusalén como capital del Estado israelí y su anexión de los Altos del Golán, así como la aceptación de la soberanía de Marruecos sobre el Sahara Occidental, acciones que en conjunto abren la puerta a una nueva realidad local, pero sobre todo a la recomposición del mapa geopolítico regional.

La Rusia de Putin, por su parte, trata a toda costa de recuperar el estatus internacional y altura política de la desaparecida Unión Soviética. En el despliegue de una política de cero enemigos, señala Kepel, Rusia se ha convertido en un árbitro entre adversarios regionales interviniendo en las relaciones no sólo de Catar y Arabia Saudita, sino además entre turcos y kurdos, al tiempo que mantiene una relación cordial con Israel.

El espacio que dejó la retirada de Estados Unidos le ha permitido jugar a favor de la causa chií, pero sin enfrentarse al Estado judío ni mal lograr su relación

con Abu Dabi. Su negocio de venta de armas y su posicionamiento en la región le conducirán necesariamente hacia posturas menos discrecionales con sus aliados. No obstante, no ha cambiado sus acciones a favor del régimen de Damasco y mucho menos sus objetivos geopolíticos, pues no debe olvidarse que Putin busca hacer de Rusia una verdadera e influyente potencia mundial.

Para Kepel, el papel más relevante en este escenario lo tendrá China. Esta potencia económica, que con el paso de los años ha adquirido un papel estratégico en Oriente Medio, ha extendido su influencia al dominar numerosos puertos por donde se mueven millones de mercancías hacia Europa, Norte de África y Medio Oriente, antaño de dominio exclusivo de Dubai, y a partir de 2005 también propiedad de empresarios estadounidenses.

China disputa el control de las rutas comerciales que posibilitan las cadenas de suministro en la península Arábiga, lo que le otorga un peso político relevante frente a las nuevas alianzas regionales. El gobierno de Pekín domina la zona del cuerno de África y en Medio Oriente ha convertido a Teherán en un punto central para la entrada de sus mercancías. Con estas acciones, China no sólo interfiere los intereses de los aliados de Abraham, sino que además beneficia a Teherán, enemigo existencial de Abu Dabi y Jerusalén, y coadyuva a que el régimen iraní burle las sanciones económicas impuestas por Washington.

Finalmente, nos dice el autor que la UE de 2020 se encuentra en una posición de desventaja por depender de la OTAN en materia de defensa y por su timidez ante las incursiones militares turcas en Siria y Libia, además de la agresividad que ha mostrado ante Grecia y Chipre e incluso contra Francia. Bajo la presidencia de la canciller Merkel, el Consejo Europeo fue incapaz de aplicar sanción alguna contra el presidente Erdogan, quien además se dio el lujo de amenazar con abrir las puertas de Europa a los millones de refugiados sirios, afganos y libios que se encuentran en su territorio.

En su observación de lo local, Kepel encuentra que las relaciones intrarregionales se han vuelto tan complejas que han dado lugar a una situación en la que no dejan de surgir contradicciones. Por mencionar sólo algunas, el hecho de que un miembro de pleno derecho de la OTAN —como lo es Turquía— compre armamento a Rusia sin considerar a la organización de defensa con el único fin de fortalecer su posicionamiento regional, o que el presidente Erdogan, cuya Constitución dispone la laicidad del Estado, se haya propuesto erradicar el dominio saudí sobre el islam suní.

Por si fuera poco, a pesar de compartir el Acuerdo de Astaná y patrullar en conjunto la frontera sirio-turca, Rusia y Turquía están indirectamente enfrentados en Armenia, donde las armas turcas han sido definitivas en los ataques azeríes contra los armenios en Nagorno Karabaj. Más aún, la situación se torna doble-

mente complicada si consideramos que en Azerbaiyán, de tradición chií, las armas de Turquía –ferviente defensora de Hamás– e Israel se sumaron a favor de la misma causa, todo ello en un contexto en el que Irán apoya a Ereván contra Azarbayán, indirectamente contra Turquía.

Como el lector puede ver, la sucesión de acontecimientos y su lectura geopolítica dejan claro que en efecto se trata de una realidad de suma complejidad. Sin embargo, la posibilidad de establecer líneas generales para su análisis ofrece la oportunidad de comprender que en 2020 se han producido dos cambios estructurales a escala planetaria: la consolidación de China como superpotencia mundial rival de Estados Unidos y la alianza que acoge el Acuerdo de Abraham. En el futuro seguramente seremos testigos de cambios importantes en Oriente Medio, Norte de África y el Mediterráneo, además del efecto que producirá en la política exterior de Estados Unidos la llegada de Joe Biden a la presidencia de la superpotencia americana y la profundización de la influencia de Pekín. Mientras tanto, Gilles Kepel nos dice que en los detalles se encuentran muchos de los elementos que explican las grandes líneas que sustentan su análisis general.

Es por eso que en los capítulos centrales de este texto aborda con una precisión cronológica los hechos más significativos que han tenido lugar en Líbano, Catar, Israel, Palestina, Yemen, Egipto y Libia. Nos habla del “eurismo” en el que confluyen Ankara y Moscú como clave de sus propios constructos identitarios en oposición a Occidente, y de las circunstancias que han hecho posible una alianza tan disímbola en Astaná.

Para terminar, en el texto otro tema toma centralidad: el yihadismo de atmósfera. Kepel señala que la historia de la acción terrorista después de los ataques contra Estados Unidos en 2001 tomó una nueva orientación. El desplome de Al-Qaeda durante la guerra contra el terrorismo, emprendida por el gobierno de Washington, así como la invasión a Irak, dejaron importantes lecciones sobre cómo debe organizarse el aparato terrorista. El Dáesh tomó nota de las viejas prácticas y se adaptó a la nueva era mediática, abandonó el antagonismo con Estados Unidos a favor de una guerra sectaria interislámica de sunitas contra chiitas. Convencidos de la inminente caída de Occidente, la nueva generación de jóvenes yihadistas apuesta por penetrar la violencia sagrada tanto en territorio levantino como en el corazón de Europa, a través del uso de las redes sociales y el *Internet*. La guerra civil en Irak y Siria permitió la proclamación del “Estado Islámico” en junio de 2014, y pasarían cinco años antes de que terminara su avance radical y terrorista.

No obstante, con la derrota del Dáesh en 2019 no ha desaparecido el yihadismo; por el contrario, ahora ha mutado en un fenómeno con una operativa singular. Se trata de una red planetaria que se mueve por Facebook, Telegram e Instagram que fija sus objetivos para que sean abatidos por atacantes solitarios adoctrinados

en mezquitas locales o de forma remota a través de *Internet*. Este yihadismo de atmósfera es, por mucho, más escurridizo a los controles de seguridad y de la inteligencia de los Estados occidentales. Tal como sucedió en Francia, en enero de 2015, cuando a raíz de la publicación de caricaturas consideradas blasfemas para el islam en la revista *Charlie Hebdo*, se produjo un ataque con cuchillo afuera de su sede y en un hipermercado, o el ataque con decapitación, de octubre de 2020, en el suburbio de Conflans, París, contra un profesor que enseñaba libertad de expresión y mostró caricaturas del profeta Mahoma a sus alumnos. En ambos casos, los jóvenes yihadistas actuaron sin mediar organización terrorista alguna, y de hecho ni siquiera compartían origen ni nacionalidad, pues el primero procedía de Pakistán y el segundo de Chechenia. Por si esto no fuera suficiente, 13 días después se produjo un tercer atentado en solitario, esta vez en la Catedral de Niza, donde murieron tres personas. El atacante de origen tunecino acababa de llegar a Francia y, aunque el atentado no fue reconocido por los yihadistas, su *modus operandi* lo delataría.

Kepel advierte que el yihadismo de atmósfera —de cuarta generación— se construye desde el rompimiento cultural con Occidente que coloca en redes sociales a un objetivo para la venganza religiosa y concluye con su asesinato, como sucedió en el ataque de Conflans. Esta estrategia lleva el terrorismo del mundo virtual al mundo real a través de un *smartphone*; la proliferación de videos, fotos y mensajes fluyen libres por las redes esperando que alguien entre en acción.

Más tarde, cuando el autor escribe el epílogo para la versión española de este texto, asegura que la hipótesis del yihadismo de atmósfera quedaría comprobada con el atentado de París en abril de 2021 contra un empelado administrativo, perpetrado por un tunecino que había entrado ilegalmente a Francia, en cuyo Facebook se encuentran todas las pistas de la mutación estructural del desafío terrorista.

Entre las conclusiones a las que llega Gilles Kepel al terminar su libro podemos mencionar dos que nos parecen relevantes y que con seguridad invitarán al lector a zambullirse en este interesante texto. La primera es que Joe Biden se enfrentará a nuevos retos que se abren para Estados Unidos tras la Alianza de Abraham, pues estos acuerdos no suprimen las amenazas locales. De ello dan cuenta los enfrentamientos que se produjeron del 10 al 20 de mayo de 2021 entre Israel y los palestinos, y que abrió una coyuntura favorable para los islamistas. Por otra parte, la alianza entre Turquía y Rusia deberá sobrevivir al hecho de que la primera tiene fuertes compromisos con la OTAN, que mantiene en estrecha vigilancia los pasos rusos en la zona del mar Negro, especialmente en Ucrania, a la que Turquía ha vendido drones de uso militar.

Gilles Kepel, *El profeta y la pandemia. De Oriente Medio al yihadismo de atmósfera*, Alianza Editorial, España, 2021, 234 pp.